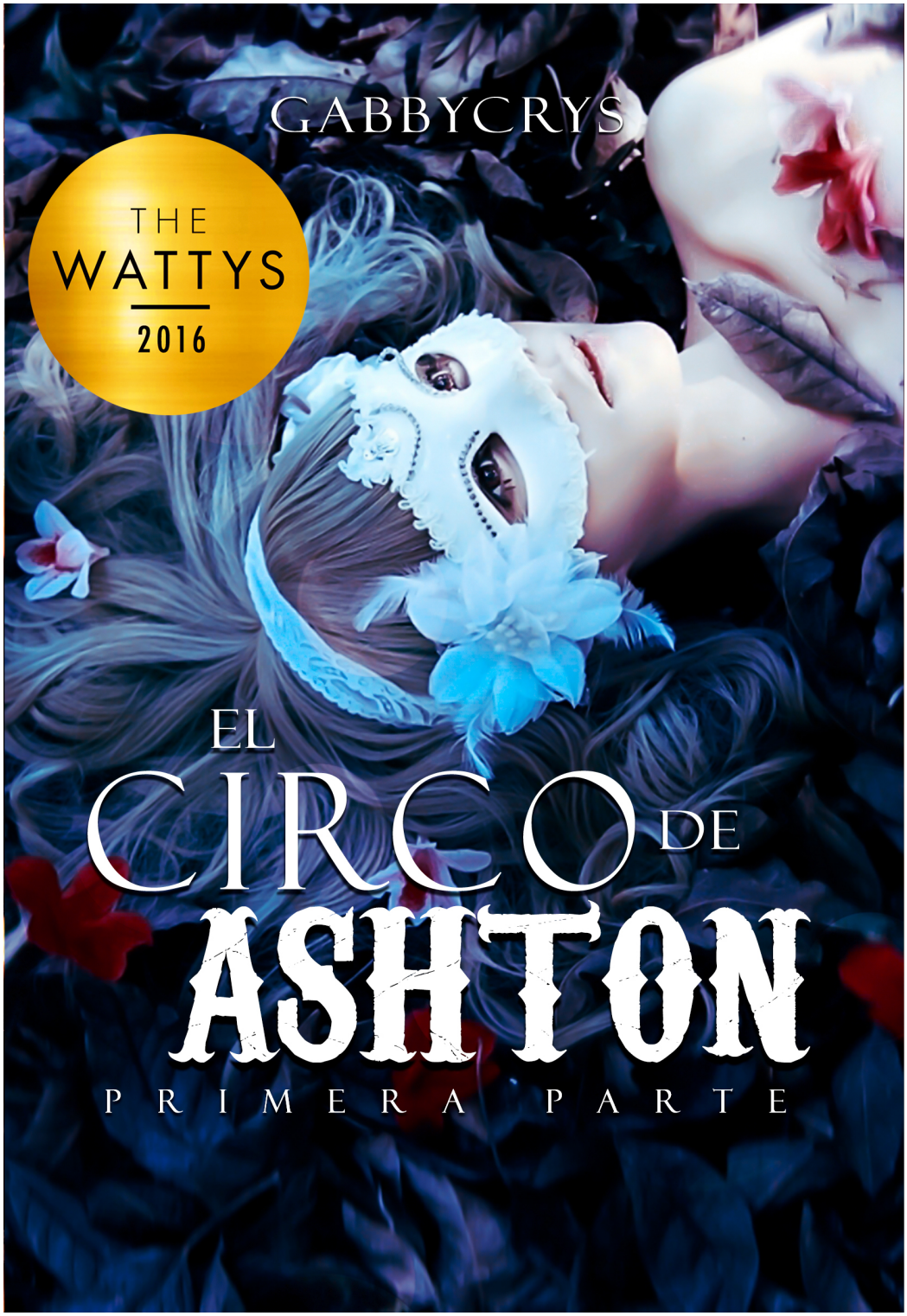
El circo de Ashton

Gabby Crys



Capítulo 1

En un mundo de oscuridad, temo fundirme entre las sombras y deshacerme para siempre.

□ □ □

Capítulo 2

☐ **Capítulo 1** ☐

Dejé que mis ojos vagaran por el pasillo vacío hasta encontrar la radiante sonrisa de Thomas. Mi mejor amigo desde pañales apareció por la puerta doble, pavoneando su prominente figura mientras, con una mano, se despeinó los castaños ondulados. Detuvo su andar en frente de mí y a continuación levantó las cejas pobladas en forma de saludo mientras me susurraba paz.

Le sonreí y ambos apoyamos las espaldas contra los casilleros, limitándonos a observar al resto de alumnos empezar a circular por el pasillo que, en cuestión de pocos minutos, se llenó de personas.

—Zara, ¿has escuchado hablar de *Circus av død*? —preguntó de pronto.

—Sir... ¿qué cosa? —mascullé con indiferencia, sin tener idea de por qué, de pronto, había sacado el tema a relucir. Nunca pensé que se vería atraído por ese tipo de cosas.

—El circo de la muerte, quiere decir.

Resoplé. Lo había escuchado alguna vez, pero nunca me vi especialmente atraída por viejas leyendas inventadas, hasta que escucho la palabra muerte en su interpretación.

—¿Por qué tiene ese nombre?

Thomas volteó hacia mí, dejando su hombro izquierdo descansar sobre el mismo lugar en el que había estado su espalda. Alzó la cabeza en dirección al techo para encontrarse con mis ojos y sonrió con astucia.

—Cuentan la leyenda de un circo noruego que, aproximadamente medio siglo atrás, se lo conocía como *Circus Stjerne*, o como su traducción lo dice: El Circo Estrella. Se movilizaba en su viejo ferrocarril por gran parte de Europa, de puerto en puerto. El problema empezó cuando llegó aquí, a Suecia, a Port Fallen, lugar en el que ocurrió el desconocido incidente que terminó por incinerar la carpa de indumentaria con el dueño en su interior. Desde aquel entonces, cada vez que pretendieron realizar una presentación durante su ausencia, algún personaje de su elenco, ya fuese un trapecista, malabarista, acróbata, equilibrista... Caían desde lo más alto o sufrían terribles accidentes fatales. De ahí el sobrenombre. Se piensa que el dueño acabó por reclamar su dominio y a todos sus partícipes. Ahora, hacen referencia a esta leyenda como *Circus Død*, lo

que en nuestro idioma significa algo así como la muerte del circo. Porque nadie supo nada más de él, pues, como tragado por la tierra, tan solo desapareció.

—¿Y? —No solía ser crédula con respecto a historias que me resultaran tan ridículas, pero para mi piel ya estaba erizada. Jamás tuve la oportunidad de escarbar tan profundo en esa historia.

—Mira esto. —Thomas examinó sus aledaños como si se tratara de un asunto súper secreto, del que no permitiría que nadie más alcanzara a escuchar.

Del bolsillo de su pantalón extrajo una moneda dorada de igual tamaño que la palma. Su apariencia era muy deprimente. Un pedazo del borde estaba carcomido y parte del material dorado se había oscurecido. Hasta conservaba un poco de tierra adherida entre sus grabados.

—Encontré este medallón entre los objetos almacenados en el sótano de papá —indicó.

El padre de Thomas era policía, así como también lo fue su bisabuelo y otros cuantos hombres pertenecientes a su árbol genealógico. Todos compartiendo un terrible y fascinante defecto: ser unos coleccionistas impulsivos de objetos históricos que fueron heredándose generación tras generación. Para ellos se trataba de viejos recuerdos, desde antiguas armas ahora inservibles, hasta la zapatilla descosida de la abuela, quien la había usado como equipo de defensa ante un ladrón que osó irrumpir en su hogar alguna noche. Su mala puntería rebotó en uno de los estantes, tumbando así las ollas que noquearon al sujeto. Sorprendente suerte como para haberla convertido en un trofeo.

No supe si echar a reír o hacer caso a la inquietante sensación que se había instalado en la boca de mi estómago. Sin embargo, ya me encontraba examinando la figura lacrada en pleno centro con la forma tan particular de un cono volteado y enrollado, como si representara una carpa. Y justo sobre esta última, el nombre *Circus Stjerne* escrito en cursiva. Alrededor del conjunto varias estrellas hacían de margen decorativo.

Miré a Thomas y él esbozó una elegante y fatua sonrisa.

—Seguramente te regañará por haberlo tomado sin permiso.

—No creo que le importe. Además, hay algo que me gustaría comprobar. —Sus ojos brillaron—. Eres mi mejor amiga —continuó—, y cabe recalcar que yo también haría esto por ti. Claro, si pudiera. De todas formas, no es

nada del otro mundo.

—Ah, ¿no? ¿Qué es entonces? —Me crucé de brazos—. ¿Qué ocultas?

—Nada en especial. —Se tomó un instante para pensar bien lo siguiente que estaba por decir—. Escucha. Necesito que lo escondas por algún tiempo, tan solo eso.

—Estás demente —repliqué después de entornar la mirada en otra dirección.

—¿Qué? ¿Acaso te asusta?

—No, para nada. Tan solo no quiero tener más problemas con el policía, al menos no esta vez, y tampoco a causa de tu infantilismo.

Todos en el puerto me conocían, pero no por obra mía. Mis hermanos mayores, Connor y Gabe, se la pasaban de problemáticos en el colegio. Normal, pero lo que destacaba al par de gemelos era su increíble pasatiempo que consistía en hurtar de las lavanderías las bragas de las vecinas más simpáticas y colgarlas en los semáforos de las zonas estratégicas de Port Fallen.

—Solo te pido este pequeño favor —suplicó, poniendo ojos de gato llorón mientras empezaba a picarme las costillas y repetía la palabra *porfi*.

—Vale. Ya, ¡detente! —Comencé a retorcerme a la vez que reí sin verdaderas ganas de hacerlo—. ¿Tan solo tengo que guardarla y ya?

Asintió con energía.

—Bien —respondí de mala gana.

—¡Te amo! —chilló a mitad del pasillo como un gallo desafinado. Al tiempo en el que las miradas se dirigieron a nosotros, lo golpeé en el estómago tan fuerte como para desinflarlo.

Thomas fingió dolor y sonrió ampliamente, ofreciéndome el medallón. Se lo arrebaté mientras, con un extraño escalofrío de por medio y una particular electricidad que me recorrió el cuerpo a plenitud, lo guardé al fondo de mi mochila. Ya poseía una nueva excusa para tenerlo en deuda.

Cuando el timbre de inicio de clases sonó, ambos caminamos hacia nuestras respectivas clases.

□ □ □

«Podemos vernos en la vieja estación, necesito que me lo regreses.» Refunfuñé al recordar el mensaje que recibí de Thomas.

Pérdida de tiempo, es en lo que pensaba, mientras salté sobre la vereda de manera disimulada, jugando a no pisar las líneas.

¿Por qué tenía que ser precisamente en ese lugar? Empecé a indagar entre sospechas cuando Daniel, un compañero del salón de Thomas, me pasó el mensajito escrito en un estúpido papel, tomándome por sorpresa mientras salía de la biblioteca al final del día. «Los adolescentes tienen poca tarea de verdadera investigación y mucho tiempo libre para las redes sociales», es lo que dijo mi maestra de historia poco antes de enviarnos un trabajo extenso para la siguiente semana. Por suerte me gustaba hacer las cosas con anticipación.

Thomas y yo teníamos dieciséis años, pero no compartiámos todas las clases, razón por la que, se me ocurrió pensar, no se atrevió a entregármelo él mismo.

Las luces de las farolas se encendieron en un intenso parpadeo, iluminando así las seniles y agrietadas calles del pueblo. Empezaba a oscurecer, motivo por el cual apresuré mi caminata.

Justo en la entrada a la vieja estación se situaba un cruce de rieles, en donde varios vagones oxidados yacían enterrados entre el alto pasto y la abundante maleza. Me detuve junto al grupo, y a mala hora empecé a recordar la historia que Thomas me había contado por la mañana. Rápidamente la noche había caído y un mal presentimiento me intimidó. Por más que me esforcé en mirar alrededor, no existía señal de él.

Desenfundé mi teléfono celular y marqué su número, pero una y otra vez me arrojó al buzón de mensajes.

—Voy a matarte. ¡Dejaré tu ridícula payasada entre los rieles si todo esto se trata de una maldita broma! —Bloqueé la pantalla, y cuando planeé marcharme, la silueta resaltó entre la inexistente luz. Lucía igual de turbio que permanecer detrás de una cortina negra—. A la hora —mascullé—, me hago vieja.

Quise acercarme, pero tuve la ligera impresión de que cada paso que daba hacia él, era capaz de alejarlo más de mí.

En la boca de mi estómago, mis entrañas se retorcieron.

—¡No me da risa! —Pero a él sí, y el sonido emitido me puso la piel de gallina. Resonó como un eco profundo y débil. Él, comúnmente, tenía una risa más escandalosa. Me detuve en seco—. Basta, Thomas, hablo en

serio.

Nerviosa aferré los dedos a los tirantes de la mochila que colgaba de mi hombro y traté de forzar la vista hacia la oscuridad, pero continué sin poder verle con claridad.

—Zara.

Chillé al sentir su aliento rozarme la nuca, y hacia él volteé de un salto. Thomas se apretujó el estómago, ahogándose entre risas.

—¡Por un demonio, Thom! —Situé una mano sobre mi pecho, asegurándome de que todo se encontrara en orden y que mi corazón no hubiera escapado del espanto.

—Cómo... ¿Cómo llegaste tan rápido? —cuestioné malhumorada.

—Acabo de llegar. —Siguió riendo—. Hubieras visto tu cara.

—Sí, ¡cómo no! —Mi voz se alzó demasiado sobre el silencio ligado a la vieja estación—. ¡Hace un segundo estabas ahí! —indiqué, mirando hacia el lugar en donde juraba haberlo visto momentos atrás, y en lugar de verlo todo tan oscuro como antes, uno de los viejos faroles que colgaba de una columna metálica se había encendido.

Parpadeé rápido, sin entender lo que había sucedido.

—De seguro empezaste a delirar del miedo —interpretó con diversión.

—Mira. Te devuelvo tu estúpida cosa. —Escarbé dentro de mi mochila, y quise devolverle el medallón, pero Thomas no lo tomó de regreso, más bien se lo quedó mirando y luego a mí.

—Zara —dijo con mayor severidad.

—¿Qué?

—Bueno...

—¡Qué! —exclamé con la paciencia a punto de agotarse y sus labios temblaron. Parecía estarse riendo.

—Nada, nada. —Levantó las manos hacia el cielo cuando estuve a punto de soltarle un golpe—. No te molestes.

La vena de mi frente palpitó del enojo y se adelantó diciendo:

—¡Bah! Cambio de planes, si no sucede nada lo devuelvo a su sitio y fin de la historia.

Mi presentimiento empezó a tomar forma. Thomas había planeado todo seguramente desde la mañana y caí como gran subnormal.

—¿De qué hablas? —farfullé.

—Escucha, existe algo más detrás de esa leyenda. Se supone que existieron tres medallones similares a este. Dicen que uno de esos tres le pertenecía al dueño del circo, el que murió incinerado en la carpa.

Abrí mucho los ojos.

—¡Agarra tu mierda de regreso! —Se lo pegué contra el pecho, sin embargo, levantó los brazos otra vez.

—No creo en nada de estas cosas, pero ya te lo dije, si yo pudiera hacerlo, hace tiempo que ya lo habría llevado a cabo.

—¿Qué te impide a hacer el qué?

Thomas guardó silencio y presionó sus finos labios con fuerza, formando una perfecta línea recta. Seguía pensando mucho en las cosas que saldrían de su boca.

—No soy mujer —soltó de repente y ahogué una carcajada.

—Me tomas el pelo —manifesté con fatiga.

—No. Mira, parece algo ridículo, y tal vez lo sea... —Hico una pausa y levanté las cejas con incredulidad—. Tan solo tienes que decir una frase en el lugar donde ocurrió todo y ya.

—La antigua estación —razoné—. Por eso me has citado aquí. Dijiste que lo escondiera por algún tiempo, no que tendría que recitar poemas en torno a todo esto.

Volví a empujarlo para que lo tomara de regreso.

—Cagueta —me dijo.

Lo miré, con mis pies sembrando raíces en el suelo.

—Te prestaré ropa y una peluca, al cabo que ni se darán cuenta del cambio.

—¡Bah! —A Thomas realmente parecía divertirle la situación—. Te reto. No sucederá nada, de eso puedo estar seguro.

Algo me dijo que no debía, pero de todas formas me tomé un momento para asimilar la situación. Y me molestó, sin embargo, la leyenda también me resultaba un poco-bastante ridícula en realidad. ¿El dueño de un circo muerto en un incendio? ¿Dejando medallones tirados en el sótano de las cosas inservibles de Port Fallen como si fueran zapatillas de cristal? Nada tenía sentido.

—¿Qué debe ocurrir supuestamente? —cuestioné con engorro. Solo quería volver a casa y descansar.

—Dicen que la mujer que pronuncie la frase mientras sostenga el medallón, conocerá al dueño del circo y este la proclamará como suya, o algo por el estilo... Pero solo funcionará con la pieza indicada, la que le pertenecía a él.

Estuve a punto de atragantarme de la risa por segunda vez.

—¿Y te creíste toda esa basura?

—Hazlo y veremos —me incitó.

Sonaba a estupidez pura, pero no tenía de otra. Thomas solía ser muy insistente y no me dejaría en paz. Tenía que quitármelo de encima cuando contaba con la oportunidad.

—¿Qué digo?

—*Velkommen til Circus Stjerne.*

Arrugué la frente.

—¿Qué idioma es ese y qué quiere decir?

—Es noruego. Significa bienvenida al Circo Estrella —explicó.

Bajé la cabeza para mirar al suelo y asimilar un poco la situación.

—Ridículo, contando con el nombre del circo. Y ni siquiera sabes noruego. Ya quisiera saber el nombre que le pusieron al dueño.

Llegado a este punto estaba convencida de que todo no era nada más que un simple invento. Una mala historia, como el clásico juego del teléfono roto que consistía en susurrar una frase al oído de una persona, esta al de otra, y así sucesivamente, hasta que terminasen convirtiéndola en un sinsentido que no tuviera mínima semejanza a la del principio. Dicha cosa

que nunca fue siquiera mencionada.

—Ashton, su nombre era Ashton —reveló y no pude ocultar la impresión que originó en mí. Era bonito—. Ahora dilo.

Puse los ojos en blanco y respiré hondo mientras apreté el medallón entre mis dedos. Las palabras se remarcaron en mi cabeza, y durante los próximos segundos mi boca vaciló. Thomas no hacía nada mejor que mirarme. Con satisfacción esperaba escucharme pronunciar las palabras mágicas.

Estaba dispuesta a darle una patada si el payasear era tan solo con la finalidad de burlarse de mí, cuando por fin abro la boca para decir:

—No lo recuerdo. Repítelo.

—*Velkommen til Circus Stjerne* —enfatizó lentamente. La seriedad con la que de repente se tomaba el asunto era alucinante.

—*Velkommen til Circus Stjerne* —repetí, vocalizando lo mejor que pude.

De inmediato caimos dentro de un profundo silencio y espiamos alrededor, como esperando a que apareciera un trapecista volando en su alfombra mágica o algo similar. Pero, aunque transcurrieron varios minutos, nada ocurrió.

—Espero haberlo dicho bien.

—Sí, lo hiciste mejor de lo que pensé. —Tomó el medallón de regreso y lo examinó con decepción—. Tal vez este no era el suyo.

—Copia barata. Bien hecho, genio —fingí emoción—. Ahora, ¿podemos largarnos de aquí? —Dirigí mi dedo pulgar hacia la salida, a mis espaldas.

El frío empezaba a taladrarme los huesos y me abracé los codos. No podía pasar por alto el hecho de que nos encontrábamos en un cementerio de ferrocarriles, rieles y contenedores. No eran unas vistas muy encantadoras.

Thomas maldijo el pedazo de metal, guardándolo dentro de su bolsillo.

Aproveché para burlarme de él después de patearle en la canilla y, sin más preámbulos, me dirigí a casa mientras Thomas cojeó en dirección a la suya.

Al abrir la puerta de mi hogar me percaté que, a juzgar por las luces

apagadas, nadie había llegado todavía.

Era un viernes por la noche, por lo que era normal no encontrar rastro alguno de mis padres, quienes permanecían en sus oficinas hasta altas horas de la noche. Y ni hablar de la barbaridad que podían estar llevando a cabo los gemelos. El punto era que nadie pasaba en casa más que el tiempo suficiente para comer, asearse y dormir.

Cerré la puerta de entrada y le eché el pestillo. Luego palpé la pared hasta dar con el interruptor.

Una vez que las luces se encendieron, subí por la escalera y arrojé mi mochila sobre la cama. Varios objetos saltaron de su interior, pero no le di importancia. Estaba cansada y de alguna forma también me sentí ridiculizada.

¿Circo de la muerte? Era una tontería.

—Ashton. —Se me ocurrió probar su nombre entre mis labios—. Ashton —repetí algún tiempo después como broma, pero de repente sentí escalofríos. Me resultó cuanto menos curioso y extravagante. No era un nombre común.

Restándole importancia me dirigí al baño y puse funcionar la regadera. Tras darme una ducha de quince minutos, salí con la toalla enredada en mi cuerpo. Rebusqué el pijama dentro del armario y volteé hacia la cama, quedándome boquiabierta, en una sola pieza.

Sin pensarlo, sobre el colchón alcancé el celular y le marqué a Thomas.

—¡Te partiré la cara con la zapatilla apestosa de tu abuela! —le adviertí.

—¿Y ahora qué se supone que hice? —preguntó a mitad de un bostezo.

—¡Escondiste el maldito medallón entre mis cosas!

—A punto de caerse de la cama, lo observé con cólera y cierta aprensión.

—Espera. ¿Qué? —Se escuchó un sonido de estática, como si estuviera acomodándose sobre la cama o algo similar.

—¡Hablo en serio! —grité—. Más te vale no volver a pedirme algún otro estúpido favor.

—Yo también lo digo en serio, Zara. Acabo de subir del sótano. Lo dejé en su sitio original.

El tenaz escalofrío se arrastró por mi espina dorsal, anunciando, así, la aproximación de pensamientos incoherentes y el pavor que amenazaron con hacerme perder el control.